

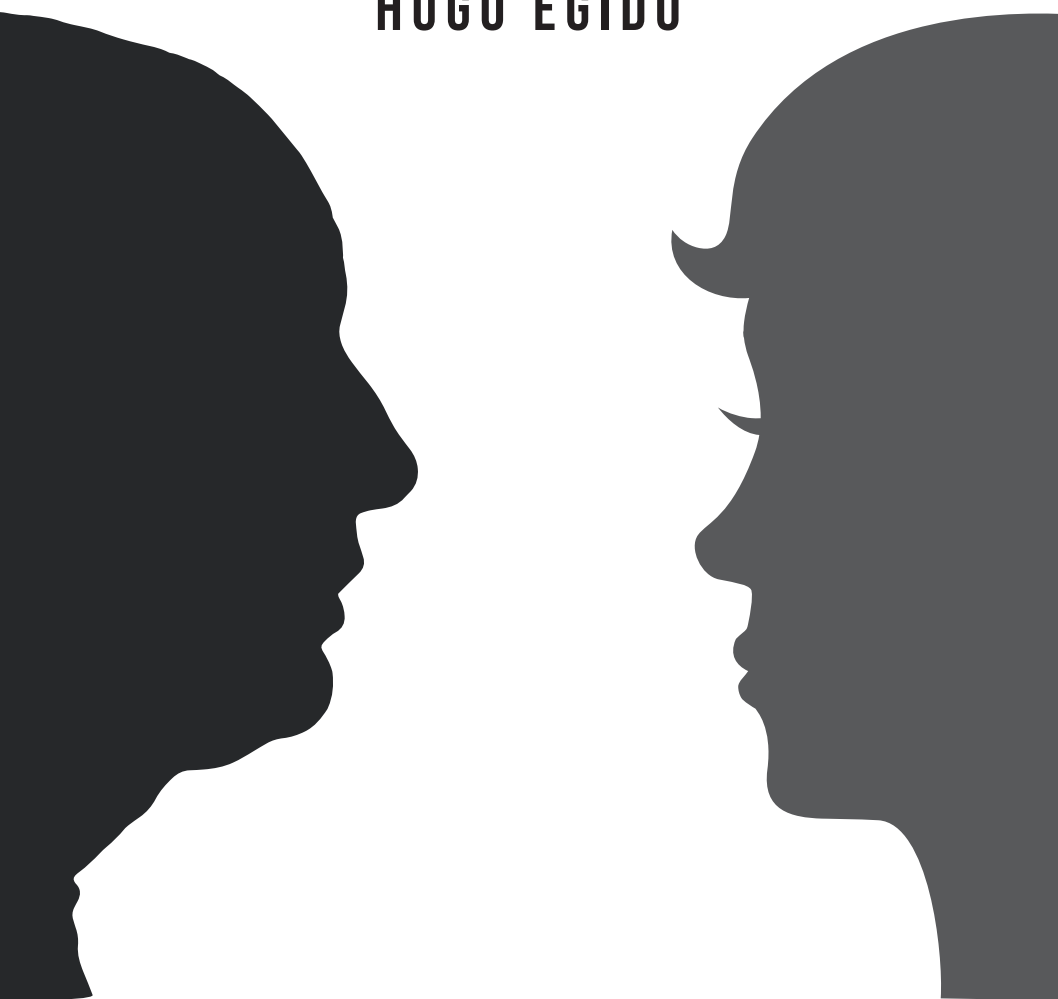
EL VÍNCULO QUE NOS UNE

UNA NOVELA PARA BUSCADORES

DEL SENTIDO DE LA VIDA

DE

HUGO EGIDO



1. PAULA CONOCE A TOM

Lo primero en lo que reparó al entrar en el bar del hotel fue en el bello efecto que producía la luz al filtrarse a través de los imponentes ventanales. Generaba en el espacio un halo de irrealidad que le gustó. Un solícito *mâitre* atrajo su atención hacia la sala. Con una indicación de su mano le ofreció pasar a la zona de restauración situada junto a los ventanales que regalaban al comensal una impresionante vista de Tokio.

—No, gracias —aclaró en un perfecto inglés—; prefiero pasar a la zona de bar.

—¡Cómo no! —y con otro gesto de su mano el *mâitre* volvió a indicar al cliente dónde estaba el bar.

Al llegar pudo distinguir el familiar hilo musical que ya lo había acompañado en noches precedentes. Al acercarse un poco más a la inmensa barra, observó como el camarero que lo había atendido la noche anterior lo saludaba con un leve gesto de cabeza.

—Buenas noches, señor Newman —dijo con un inglés matizado con aromas orientales.

—Buenas noches, Akihiko.

El camarero mostró en su rostro relajado una amplia sonrisa cómplice; estaba claro que le había gustado que su cliente también recordase su nombre. Además de esa primera e íntima revelación, y en el transcurso de una noche sin mucho trabajo, solitaria, Akihiko había compartido con su cliente el significado de su nombre, «príncipe resplandeciente».

—¿Lo de siempre? —preguntó.

—Sí, por favor.

Newman estaba observando la forma mecánica y eficiente de proceder en la elaboración de su *gin-tonic* con cierto sabor cítrico del eficiente Akihiko cuando levantó ligeramente la vista para fijarse en el resto de ocupantes de la barra del bar. A su derecha, un cincuentón calvo y con evidentes problemas de sobrepeso. Más allá, una atractiva chica de treinta o treinta y cinco años con acento ruso. Ese tipo de personas, pensó Newman, que no tienen ningún pudor en compartir una conversación telefónica privada con el resto de la audiencia de la sala. Muy probablemente porque están tan centradas en lo suyo que el resto del mundo les importa un bledo.

Akihiko depositó de forma imperceptible el *gin-tonic* frente a Newman, listo para tomar, junto a un platito repleto de distintas bolitas de chocolate, cada una de ellas con un número que informaba sobre el nivel de pureza e intensidad del cacao. «El cacao marida bien con el sabor cítrico del *gin-tonic*», pensó Newman.

Newman estaba absorto en ese tipo de reflexiones, por lo que no reparó en que a su izquierda se sentaba una mujer. Al verla se sobresaltó. Hacía muchos años que eso no le ocurría. En su dilatada vida de *playboy*, con miles de encuentros casuales durante sus viajes de trabajo a diferentes partes del mundo, Newman había aprendido distintas técnicas de seducción que desplegaba con precisión quirúrgica. Ya no tenía que emplear más energía de la precisa. Hasta ese punto había llegado su magisterio. Pero ese estado de certidumbre tenía una contrapartida desagradable. Newman había perdido el apetito, el hambre que la propia esencia del juego de la seducción despierta en cualquier ser humano y donde no siempre la balanza se inclina a favor de uno. Hacía años que esto ya no le ocurría a Newman en sus noches de «cacería», como le gustaba llamarlas. Todo resultaba hasta cierto punto predecible. Siempre terminaba llevándose a la cama a la mujer

que se proponía. Sin dudas, sin vértigos o sobresaltos. Eso en sí mismo le había provocado cierta apatía. ¿Por qué seguía haciéndolo? Era algo que todavía no tenía claro. Eso cambió en una décima de segundo en el momento en que sus ojos se posaron sobre las felinas líneas de la extraña mujer que se había materializado junto a él. Bella, enigmática, salvaje.

Paula cruzó su mirada con aquel atractivo hombre que la observaba con una extraña mezcla de asombro y deseo. Todo en él resultaba familiar, salvo su mirada. Parecía limpia, curiosa, como la de un niño que observa algo con la inocencia de la primera vez.

–Hola, soy Tom –dijo Newman con un hilillo de voz.

–Hola Tom. Ese *gin- tonic* tiene muy buena pinta. ¿Me lo recomiendas?

–Sí. Akihiko es un gran barman; prepara uno de los mejores *gin-tonics* que he probado nunca, y te aseguro que he probado muchos.

–Pues tendré que probarlo yo entonces. Póngame un *gin- tonic* como el de Tom, por favor –ordenó ella con una sonrisa pícaro que cambiaba la expresión de su cara y le hacía parecer algo más joven.

–¡Estás en deuda conmigo! –le soltó de repente Newman a la bella mujer.

–Bueno, primero déjame que lo pruebe, ¿no crees? Puede que mi nivel de exigencia con los *gin-tonics* sea un poco más elevado de lo que crees.

–No, no me refiero a eso. Tu nombre... Tú sabes el mío y yo todavía no sé el tuyo –aclaró Newman esgrimiendo una de sus estudiadas medias sonrisas que sabía que solía encantar a las mujeres.

–Es lógico, no te lo he dicho. Soy Paula –dijo ella y sonrió con sus rojos y hermosos labios carnosos. Tan sensuales que Newman tuvo que reprimir el impulso animal que le atraía a besarlos en ese mismo instante.

Una sensación por tiempo dormida reaparecía para invadir su cuerpo como un purificador aguacero que da nueva vida a un campo yermo. Mientras Newman sentía esto, ella lo contemplaba con esos endiablados ojos. Pese a que en tres ocasiones intentó furtivamente descifrar su color, no lo tenía claro todavía. Parecía una extraña y perfecta combinación de verde y azul con matices pardos.

Newman llevaba tantos años en el juego de la seducción ocupando el puesto más alto de la cadena trófica que volver a tener un lugar secundario le excitó sobremanera. De darse el encuentro –y la noche prometía– ocuparía el lugar que ella le asignase. Ni más ni menos.

–¿Estás aquí, Tom? –preguntó Paula rescatándolo de sus ensoñaciones.

–Sí... claro. ¿De dónde eres, Paula? Por tu acento no termino de concretar tu procedencia.

–Soy española. De Madrid, más concretamente. ¿Conoces España?

–Sí, conozco prácticamente toda Europa. Es cierto que ahora el trabajo me está llevando más por esta zona del mundo, pero hubo una época en la que tuve que viajar mucho por toda Europa. Yo soy inglés –reconoció Newman.

–¡No me digas! –exclamó juguetona Paula–. ¡Nunca lo hubiera dicho!

–¡Ya! Pues yo nunca hubiera dicho que eras española. Entiéndeme, la mayoría de tus compatriotas tienen muy buena gramática, pero el acento..., uff, suele ser horrible. No sé, es como si les costase pronunciar, como si hacerlo con esfuerzo resultase una impostura para ellos.

–Sí, he de darte la razón sobre lo que comentas del acento de los españoles cuando hablamos inglés. En mi caso, toda mi formación se ha desarrollado en países angloparlantes, y el resto se debe a que tengo que utilizar el inglés a diario por mi trabajo.

—¿A qué te dedicas, Paula? —preguntó Newman con sincera curiosidad.

—Soy directora de un fondo de inversión inglés.

—Buff, un fondo de inversión. Cada vez me das más miedo —reconoció Newman.

—Está claro que desde la quiebra de Lehman Brothers todo lo que huele a sector financiero es malo y ha de ser reducido a escombros.

—Bueno, yo no he dicho eso. Lo único que he dicho es que me siento temeroso e interesado a la vez —argumentó él y volvió a colocar en sus labios su infalible sonrisa.

—Sí, me he puesto un poco intensa y a la defensiva. Supongo que, bueno... es una tontería —contestó Paula y dio un profundo sorbo al *gin-tonic*.

—No, di. ¿Qué quieres decir?

—Nada, supongo que tiene que ver con las experiencias que vas acumulando a lo largo de la vida. Cuando yo le cuento a un hombre atractivo a qué me dedico o dónde trabajo, suele sentirse cohibido y ponerse a la defensiva. Suelen digerir mal la noticia. Supongo que es otra convención, otro estereotipo con el que solemos movernos por el mundo. Hacemos cajitas donde guardamos las cosas; eso sí, etiquetadas y codificadas con su código de barras.

Newman le guiñó el ojo como intentando, con ese gesto cómplice y un tanto infantil, rebajar el tono de la conversación.

—Y tú, Tom, ¿a qué te dedicas? Además de a estar por las noches en hoteles de cinco estrellas intentando seducir a mujeres.

—¿Estoy intentando hacer eso, Paula?

—Los dos sabemos que sí. Pero no eludas la pregunta.

—Soy director de servicios al cliente de una multinacional de marketing. Ya lo he dicho; ahora ya no querrás saber nada más de mí.

–No tengo en principio nada en contra del marketing. Es necesario conocer el mercado. Veo, además, que estás en buena forma física.

–Sí, la verdad. Intento sentirme bien con mi cuerpo. Pero solo hago gimnasia de mantenimiento. Quiero decir que no soy de esos tipos vigoréticos que se toman el deporte como una especie de nueva religión. Ya me entiendes.

–Yo soy vigorética; necesito hacer deporte a diario para poder regularme. Llega un momento que es como una droga. Las hormonas que generamos al hacer deporte de forma regular son en cierto sentido adictivas.

–Tienes razón, pero me temo que para mí ya es tarde. Con mi gimnasia de mantenimiento tengo más que suficiente. –Y le sonrió, como volviendo a buscar otro resorte que hiciera de puente entre los dos.

Akihiko, con suma delicadeza les indicó que quedaba menos de media hora para cerrar el bar y que, si así lo consideraban, podían pedir una última copa.

En ese preciso momento Newman reparó en la llave que, oculta en el regazo de Paula, revelaba con su inconfundible color dorado que se alojaba en la última planta del exclusivo Conrad Tokyo Hotel. La belleza y el refinamiento de las suites del Conrad eran famosas en una ciudad que cuenta ya de por sí con un buen número de hoteles selectos. Esa información aumentó la excitación de Newman.

–¿Vienes? Te has vuelto a desconectar de la Tierra, ¿verdad? –preguntó con un semblante divertido Paula que, levantada, lo esperaba.

–Claro –contestó, casi dejándose caer del taburete–. Akihiko, apúntalo a mi habitación, por favor.

–Ya está abonado por la señorita, señor Newman. Lo siento –confesó incómodo el camarero.

–Está bien. Buenas noches.

Al levantarse pudo apreciar la proporcionalidad y belleza del cuerpo de Paula. El vestido negro de alta costura que llevaba le quedaba como una extensión ideal de su propia piel. Todo en ella, el pelo, la ropa, las proporciones simétricas de su estilizado y definido cuerpo, resultaba perfecto. Hasta su voz le pertenecía. Ningún otro tono de voz podría ser más adecuado para Paula que el suyo.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta estar dentro del elegante ascensor. Paula no consultó nada, ni siquiera lo miró, solo apretó el botón de su planta de la zona donde estaban las suites más exclusivas del hotel, sabedora de que si en algún momento de la noche ese hombre había albergado algún tipo de duda haría ya bastante que se habría evaporado en la noche y formaba parte de la atmósfera de la ciudad.

Tom tampoco intentó nada en el ascensor. La experiencia le había dado la calma suficiente como para saber analizar cada momento. Tenía claro que el instante todavía no había llegado.

Al llegar a su planta, Paula salió del ascensor acompañada por el elegante y atractivo inglés que, solícito, intentaba seguirle el paso. Se paró en mitad del pasillo frente a un cartel que anunciaba que estaban ante la suite presidencial del hotel.

«¡Cómo no!» pensó Newman, con la misma curiosidad de un niño que está a punto de abrir un regalo. La llave abrió la puerta por proximidad, sin necesidad de ser introducida en ningún sitio.

Al entrar en la suite, las luces, que podían ser programadas por el huésped o que estaban prediseñadas por el hotel en función de la hora del día, compusieron un hermoso y bello croma de tonos vaporosos, cercanos al color de la arena de la playa. Cálido y elegante.

Cuando Newman cerró la puerta, Paula giró su cuerpo con tal armonía que le pareció que en algún momento de su vida esa diosa perfecta debió haber sido bailarina.

—¡Ven! —le ordenó ella con tono imperativo.

Tom Newman recordaría aquella extraña y excitante noche el resto de su vida. Paula Blanco, no.



Sonó el despertador de su móvil. Su cerebro y su sentido de la responsabilidad la obligaron a levantarse; su cuerpo le pedía lo contrario, que permaneciera en la cama un poco más. Al final, como en tantas otras ocasiones, se levantó.

Al detectar movimiento, la luz de su suite presidencial se iluminó levemente, dejando apreciar los contornos de su espacioso cuarto. A través de los inmensos ventanales se podía atisbar la profundidad de una ciudad aún dormida.

La ducha le sentó bien. Bajó al vestíbulo del hotel y salió a la calle; el coche de su empresa le estaba esperando en la puerta.

Al entrar en la sala de reuniones de la filial de su compañía en la ciudad de Tokio vio que ya estaban todos sentados alrededor de una interminable mesa; solo había un sillón vacío en la cabecera... el suyo.

No se disculpó pese a haber llegado un poco tarde. Al otro extremo de la mesa, justo en la posición opuesta a la que ella ocupaba, se sentaba el director general de la delegación en Japón, Takeshi Tanaka.

«Parece un junco a punto de quebrarse» pensó Paula.

Tanaka realizó una especie de ligera reverencia con la cabeza, como solicitando permiso para hablar a su superior jerárquico. Paula respondió con la misma levedad.

–Buenos días. Quiero agradecer la presencia de todos los responsables de departamento, así como de los distintos asociados que tenemos en el país. Ya saben, por el *briefing* que preparamos hace meses y por los resultados de la *due diligence* que los corroboró, que la opción de compra sobre nuestros activos va a ser ejecutada por la empresa Fluid Investment. Los términos de la compra, el valor de cambio de las acciones, el plan de inversión y reestructuración de nuestra compañía está detallado en ellos. Nuestros accionistas y los distintos reguladores nacionales e internacionales han sido informados.

Tanaka elevó ligeramente la cabeza para mirar a cada uno de los miembros de la mesa. Era una forma de ganar tiempo y recuperar un poco el aliento.

–Han sido solicitadas una serie de aclaraciones por parte de la firma Ijitsu Takeda Investment, representada en este acto por el Sr. Takeda –Tanaka realizó una evidente y nada sutil reverencia para mostrar al resto de los presentes el importante estatus social que Takeda tenía dentro del grupo inversor–. Es evidente –continuó– que lo más conveniente para los distintos inversores que participamos en esta operación es que la misma se realice de forma, digámoslo así, amistosa. Para ello y sin más dilación paso la palabra al Sr. Takeda, para que él mismo pueda realizar sus alegaciones.

Tanaka se sentó e intentó descifrar la expresión neutra de la cara de Paula Blanco. No era un problema de la distancia que los separaba; todavía conservaba, pese a la edad, una vista felina. Era la expresión neutra, casi de estatua de cera, de aquella maldita mujer. «¡Y dicen que los latinos son expresivos!», pensó con cierto disgusto.

Takeda se levantó con elegancia. Pese a ser un hombre que ya cumpliría los sesenta, se notaba que estaba en plena forma. La otra diferencia evidente con su antecesor en el parlamento era el tono cálido y aterciopelado de su voz. Forma-

ba parte de ese selecto grupo de voces que podían ser oídas durante horas, ya que resultan tan armoniosas, vibrantes y cautivadoras que el oído humano se enamora de ellas.

—Miss Blanco, quiero agradecer su presencia en esta sala. Sé que debe de resultar para usted un evento inesperado y molesto en su plan de venta de nuestro grupo a un tercero, pero debe usted saber que todavía no está todo hecho, pese a la aquiescencia de mis colegas —miró con cierto reproche al resto de los interlocutores que estaban sentados alrededor de la inmensa mesa.

—Prosiga, señor Takeda, tiene usted toda mi atención —contestó de forma marcial Paula. Su tono gélido quería provocar en su interlocutor el suficiente desconcierto como para poder observar su reacción.

La mirada furibunda que Takeda lanzó a Paula consiguió arrancar de sus labios algo así como el incipiente esbozo de una sonrisa. Takeda ya le había dado una valiosa información. Era rígido en sus planteamientos; en el momento en el que estos se trastocaban por cualquier motivo inesperado dejaba entrever sus sentimientos. Una información importante en caso de plantearse una dura negociación.

—Ustedes siguen viniendo a Japón como colonizadores. Lo que pretenden instaurar es una especie de nuevo régimen de esclavitud, descolonizar la imaginación de nuestro pueblo, desposeernos de nuestro ancestral orgullo. Usted, Miss Blanco, de forma hábil ha hecho creer a mis colegas, aquí presentes, que no existe otra posibilidad, que lo que usted nos presenta es nuestra mejor opción. Pero, créame, la imaginación lo puede todo, todo.

Takeda se sentó al terminar su parlamento y se quedó mirando a Paula de forma inquisitiva.

—Señor Takeda, socios de las distintas delegaciones. Lo primero que quiero dejar claro es que respeto a su pueblo y no pretendo imponer nada que la gran mayoría de ustedes

no hayan analizado, visto o aprobado. No creo que debamos plantear esta negociación en términos de honor, señor Takeda. Cuando mi empresa participó de forma mayoritaria en su conglomerado de empresas aumentando su valor patrimonial, y por tanto su capacidad de compra, firmamos una cláusula que dejaba muy claro que en un escenario de adquisición de todo el negocio por un tercero, como es el caso que nos ocupa con la oferta formal realizada por Fluid Investment, todos ustedes estaban obligados a vender, todos.... Señor Takeda, sin excepción. Esa cláusula de arrastre a la venta del negocio se ha dado porque todos –Paula señaló con el dedo rápidamente a cada uno de ellos, generando un círculo imaginario– hemos multiplicado varias veces el valor nominal de nuestras acciones en origen generando una importante plusvalía. Así que por favor no me hable usted de colonialismo y de honor; eso no está dirimiéndose en esta mesa y sí la rentabilidad y el beneficio mercantil.

Takeda siguió porfiando y construyendo su argumentario con términos como el amor a sus empresas y sus trabajadores, el deshonor de vender a un tercero que no garantizase todos los puestos de trabajo de los empleados que en algunas de las empresas llevaban décadas trabajando para ellos. Paula se dio cuenta de que la mayoría de los colegas de Takeda lo escuchaban por respeto pero que hacía ya tiempo que habían tomado su propia decisión al respecto. Paula había ganado una vez más; la decisión estaba tomada.

Al llegar al hotel se fue al exclusivo spa. La completa sesión que se dio le sentó bien. Al subir a cenar al restaurante reparó en el barman, Akihiko. El recuerdo de Tom Newman permaneció un segundo en su mente antes de desvanecerse para siempre, como tantos otros. El *maître*, solícito, le ofreció esa noche de triunfo su plato preferido, Fugu, «pez globo», un manjar delicioso y en ocasiones mortal.

Entre los vapores de un profundo sueño, el obstinado sonido del móvil terminó por materializarse en algo concreto. Alterada se despertó. «¡Las cuatro de la mañana! ¿Quién en su sano juicio puede llamar a estas horas?» pensó.

Al colgar se quedó tumbada mirando al techo. Un millón de ideas y sentimientos se entremezclaron en ese mismo instante. Se sintió confusa y esa era una sensación que detestaba. Sabía que era buena analizando datos, cifras, porcentajes de beneficio, materializando ideas concretas o abstractas, pero era pésima a la hora de analizar sentimientos o emociones.

A la mañana siguiente cogió el primer vuelo para Madrid.

